



Razones para la rebeldía



ATALAYA

44^o







GUILLERMO TOLEDO
con la colaboración de
PASCUAL SERRANO

Razones para la rebeldía

PRÓLOGO DE JULIO ANGUITA



19

EDICIONES PENÍNSULA
BARCELONA





© Guillermo Toledo Monsalve, 2011
La mitad del anticipo y de los derechos devengados
por la venta de este libro irán destinados al SOC-MRA
(Sindicatos de Obreros del Campo y Medio Rural Andaluz)

Transcripción y redacción: Pascual Serrano
Documentación: May Sánchez Seseña

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones
establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español
de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición en castellano: septiembre de 2011
© del prólogo: Julio Anguita González, 2011
© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2011
Ediciones Península,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com



VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
LIBERDÚPLEX · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 28.619-2011
ISBN: 978-84-9942-122-3



Este libro está sujeto a la licencia de reconocimiento 3.0 España
(by-ne-nd) de *Creative Commons*, si no se indica lo contrario.

Licencia completa:
<http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/es/legalcode.ca>





ÍNDICE

Nota editorial	9
Prólogo: Las aldeas de Potemkin, de Julio Anguita	13
Razones para la rebeldía	19





NOTA EDITORIAL

Esta nota pretende contar la génesis, la intrahistoria, de este libro. Es decir, describir con la mayor exactitud posible, cómo se ha elaborado. Para algunos lectores resultará extraño descubrir la faceta de activista político, comprometido con su tiempo, de Guillermo, *Willie*, Toledo que asoma a lo largo de estas páginas. Para otros, familiarizados con las causas políticas y sociales que defiende, será algo normal. Quiero, para unos y otros, dejar por escrito, desde la editorial, las vicisitudes de este texto.

Los editores no suelen —por prudencia, respeto o discreción— firmar notas editoriales. Pero este es un libro diferente, de ahí el atrevimiento. Los hechos que se van a relatar son todos ciertos, y se produjeron por el orden que contaré. Al ser yo mismo una de las partes implicadas, he creído necesario relatar lo sucedido para que el lector no se sienta defraudado en ningún momento. Bastantes engaños sufrimos habitualmente.

Quedé con Guillermo Toledo un día de junio de 2011. Llegó una hora y media tarde con una amplia sonrisa y tras un par de sms en los que decía que estaba llegando. No le conocía. Le había visto en la televisión, en el cine y en alguna manifestación. Guillermo

NOTA EDITORIAL

es hombre de trato fácil, amable y cordial, y a los pocos minutos nos entendimos. Le expuse la naturaleza del proyecto: en Península habíamos pensado que él, un actor conocido, que se había manifestado, en público, contra muchas de las aberraciones e injusticias del sistema, expusiera, en unas breves cuartillas, el motivo de su rebeldía. La idea parecía fácil y, sin embargo, nos despedimos con un «lo pienso despacio y te digo algo», bastante descorazonador. Nos reunimos unos días después. El proyecto le había seducido. Se pondría a ello. Pactamos las condiciones y las fechas de entrega del original. He dicho que diré la verdad: la mitad del anticipo (escaso) y de los derechos de autor devengados por la venta del libro (dependerá del éxito del mismo), irán destinados al SOC (Sindicatos de Obreros del Campo). Así es Guillermo Toledo. Por eso consta así en los créditos del libro. Para que se sepa.

Pasaron los días y nuestro actor, convertido en ocasional autor, nada decía. Ni devolvía las llamadas, ni los sms de aliento. Eran los agitados momentos de la acampada en Sol. Los llamados «Indignados», mostraban su descontento. Guillermo Toledo, enfrascado en mil cosas, asambleas incluidas, no había redactado ni una sola línea. Los plazos editoriales son tan inflexibles como la muerte. Había que encontrar una solución. Como ocurre en la mayoría de los casos desesperados, esta apareció en forma de casual llamada de teléfono. Pascual Serrano, autor de *Desinformación*, uno de los periodistas más reconocidos del universo alternativo, estaba al teléfono preguntando por la fecha de entrega de su nuevo libro. Serrano y Toledo se conocían desde

NOTA EDITORIAL

hace tiempo y eran buenos amigos. Se hizo la luz. La propuesta era clara. Se trataba de sentar a los dos, Guillermo Toledo y Pascual Serrano, y transcribir, con la mayor fidelidad posible, el contenido de las entrevistas. Sin duda el actor se encontraría cómodo con un periodista amigo. Llegamos a un acuerdo rápido. Guillermo, a punto de embarcar en la Segunda «Flotilla de la Libertad» en dirección a Gaza (julio de 2011), tenía el tiempo justo. Se reunieron en Fuentealbilla, un pequeño pueblo de Albacete, los últimos días de junio, y tras cinco días de encierro, conversando, y otros tantos de redacción del texto, este es el resultado. En la cubierta del libro aparece «con la colaboración de Pascual Serrano». Así fue. Serrano preguntó y preguntó sin miedo a su amigo Toledo. Y Toledo respondía con confianza a su amigo Serrano. Este panfleto, libro de combate, instrumento de agitación, es el resultado de la transcripción de las conversaciones. Se ha evitado la fórmula pregunta-respuesta para agilizar la lectura. Todo lo que aparece en el texto lo ha dicho Willie Toledo, con sus propias palabras. Nada ha sido añadido ni suprimido. Solo las reiteraciones han sido eliminadas. El estilo coloquial del libro es el estilo de Willie: su forma de ser.

Muchos compartirán las opiniones del actor, del activista sin partido, del ciudadano. Otros, quizá más numerosos, o no, mostrarán su desacuerdo con las ideas de Willie. La libertad de expresión permite discutir con el texto, con su autor. Estamos habituados a ver y a escuchar a Willie Toledo protagonizando diferentes personajes en películas y televisión. Ahora po-

NOTA EDITORIAL

demos leer al auténtico Willie, sin ningún otro guion que su posicionamiento ante la actualidad. Escrito desde el convencimiento, estas palabras de Guillermo Toledo son la expresión de un hombre libre, un grito de rebeldía en medio de una sociedad que se debate entre las múltiples formas del silencio.

MANUEL FERNÁNDEZ-CUESTA
Editor
Madrid/Barcelona,
últimos días de julio de 2011



PRÓLOGO

LAS ALDEAS DE POTESKIN

Grigori Alexandrovicht Potemkin (1739-1791), mariscal de Campo y Comandante en Jefe del Ejército Ruso en el apogeo del reinado de la zarina Catalina II La Grande (1729-1796), organizó en 1787 una visita de la soberana al territorio recién conquistado de Crimea. Para impresionar a la augusta viajera hizo construir a lo largo del trayecto unos decorados que desde lejos simulaban ser poblaciones ricas en ornato y calidad de obra. Una vez que Catalina las divisaba a conveniente distancia bajo la excusa de la seguridad, la tramoya se desmontaba y se volvía a erigir jalonando las jornadas venideras.

A buen seguro que a muchos de ustedes, estimados lectores y estimadas lectoras, de haber vivido entonces, les hubiera gustado derribar el tinglado de la superchería para hacer visible la realidad y dejar —de paso— en ridículo al embaucador de Potemkin. Este libro que ha llegado a sus manos les da la ocasión de conocer, desentrañar y derribar las muchas aldeas Potemkin que, *mutatis mutandis*, circulan permanentemente, circundan nuestra vida y nuestro viaje por ella. El autor, los autores van a mostrarles el tinglado de esta nueva y vieja farsa, que diría Jacinto Benavente.



PRÓLOGO

Desde todos los medios de comunicación se expresa una realidad creada en los laboratorios mentales de quienes —fabricando esa mercancía llamada noticia— presentan una realidad que entretiene, relaja, oculta, deriva y frivoliza lo cotidiano. Son aldeas Potemkin pensadas para inhibir al ciudadano, para conformar hacia la sumisión su mentalidad tal y como demuestra el profesor Vicente Romano.

El azar, la casualidad o tal vez la intuición de un editor ha sentado en torno a la misma mesa a dos personajes caracterizados por una irreverente manía de investigar lo que hay detrás de cada apariencia, de cada objeto de consumo cultural, de cada aldea de Potemkin. El uno se confiesa rebelde, además de serlo con una o muchas causas; todas ellas poco gratas al poder y a quienes mantienen, por acción u omisión, el culto al mismo. Es un hombre que ha nacido en casa de ámbito cultural de izquierda, aunque no de clase obrera (la experiencia demuestra que ambas realidades no representan conceptos unívocos), y ha ido encarnando en realidad, en compromiso, en lucha cotidiana su desarrollo vital como ser humano. Actor de profesión, no ha caído en la fácil trampa de hacer de su vida una representación según los modos y pautas de comportamiento de lo *política y socialmente correcto*. Su trabajo se desarrolla únicamente en los platós; su desvivirse se consume en los conflictos que permanentemente enfrentan a la justicia con lo generalmente asumido como inevitable o irresoluble. Un rebelde sin pose ni afectación.

El otro interlocutor, de carga ideológica bien fundamentada y practicada en el arte de la esgrima dialéc-

PRÓLOGO

tica oral y escrita, es periodista. Precisamente, por querer hacer de su profesión una noble búsqueda de la verdad en beneficio del ciudadano y lector mantiene constantemente una sección en Rebelión cuyo título es toda una declaración de guerra a la manipulación informativa: *Mentiras y medios de comunicación*. También rebelde —carnets aparte—, milita en el colectivo de hombres y mujeres que no renuncian a pensar por sí mismos y que además —y por ello— se erigen en focos de rebeldía lúcida, documentada, trabajada. Es de aquellos personajes que, hijos lejanos en el tiempo, de La Ilustración y Las Luces, se atreven a corregir a aquel claustro de la Universidad de Barcelona, ubicada por entonces en Cervera, que presumió ante aquel sangriento botarate llamado Fernando VII de que «lejos de nosotros la funesta manía de pensar».

Cada uno tiene una dedicación profesional que, aparte de proporcionarles el sustento cotidiano, les permite, con los riesgos inherentes, vivir su auténtica profesión: seres humanos que no se resignan, que no claudican, que carecen de tragaderas.

El que lleva la voz cantante en el relato, Willie Toledo, va desbrozando a golpe de iconoclasta desmontaje de tópicos y lugares comunes el terreno plagado de subproductos culturales que constituyen el alimento diario para miles de ciudadanos y ciudadanas. Es precisamente un actor el que llama la atención al espectador para que intente mirar más allá de las bambalinas, los decorados y la tramoya. Es como si alguien que viviera de la prestidigitación comenzara el espectáculo desmontando el truco, la apariencia, la degradación ilusio-

PRÓLOGO

nista de la ilusión. Durante páginas y páginas Willie va desarrollando las razones para su rebeldía; y todo ello sin vocación alguna de primer plano. En un momento dado, define con laconismo refiriéndose a su participación en diversos, varios y siempre conflictivos acontecimientos políticos, culturales o sociales: «No apoyo, formo parte». Y es que cuando algún famoso interviene en pro de cualquier buena causa el sistema de representación mediática transforma al supuesto filántropo en el centro de la noticia, la eclipsa, la banaliza.

Ante ustedes, queridos lectores y queridas lectoras, toda una exhibición de memoria analítica que, cual bisurí, va separando el grano de la paja. En el relato no hay escándalos ni efectos emocionales, hay simplemente una comparación entre el mundo oficial y la tremenda realidad que acucia a miles de seres humanos. Es sorprendente que cuando se habla de la SGAE, tan de actualidad en estos días, puedan leerse informaciones, juicios que realizados hace tiempo retratan con anticipación lo que está pasando en la actualidad.

A través de las páginas del libro, Willie va repasando todo el temario que, ocupando los titulares de los informativos, es presentado como algo lejano, asépticamente distante y fuera de nuestra experiencia vital más inmediata. La actualidad bastante sesgada en sentido del Poder es como una estantería sobre la que se han colocado figurillas convenientemente ubicadas para esquivar las miradas críticas sobre sus imperfecciones. Palestina, El Sáhara, Libia, Cuba, la Política, la Sanidad, la Crisis, La Monarquía, la Democracia, los gastos en Defensa, el 15-M o el incierto futuro centran


PRÓLOGO

un discurso fresco, a ras de calle, de impecable lógica aristotélica. Es frecuente, en el mundo que se autocalifica de «progre», referirse a las denuncias y críticas de la sociedad realmente existente como catálogos de obviedades; y todo ello con un tono de espléndido y petulante aburrimiento propio de los bien instalados y con mala conciencia. Lo que ocurre es que por referirse a estas «obviedades» muchos profesionales son apartados de sus trabajos, marginados o puestos en las listas de personas incómodas.

Willie se limita a señalar ante el lector todos los elementos de la realidad que son velados por el cartón piedra de los escenarios: los reales y sobre todo los mentales. Habrá quien pueda discrepar de su estilo (no es mi caso) o de su sinceridad empeñada en llamar a las cosas por su nombre. Pero los hechos son los hechos y él cuenta la parte visible de los mismos y también la invisible. Es como un airado *mujik* ruso que, a base de denuncia y activismo comprometido, diera una patada al tinglado de los actuales imitadores de Potemkin.

Pero el relato, por diáfano, rotundo y sincero que sea su autor, tiene un hilo conductor, una guía, una tensión narrativa y unas secuencias que delatan al otro autor: Pascual Serrano. Los profesionales de la información tienen como paradigma del bien hacer que el entrevistado llene toda la entrevista y que el autor de las preguntas desaparezca aparentemente. Precisamente en esa ausencia buscada y calculada reside la labor de quien pugna por sacar de su interlocutor lo mejor y más interesante de sus palabras.

Me imagino a Pascual como un Sócrates jugueteón



PRÓLOGO

y cachazudo conduciendo las reflexiones de Willie a sus mejores secuencias y momentos. Y debe ser difícil porque el personaje tiene mucho que contar y seguramente querrá hacerlo de manera global, resumida e inmediata. Hay que preguntar, repreguntar, volver al origen y sobre todo mantener la tensión de la narración y su emotividad inherente.

El texto no es solo el acta de una experiencia permanente en la lucha y en la búsqueda de la justicia; es una reflexión acerca de las apariencias y de quienes las montan, beneficiándose de ellas. Si el gran público quisiera saber, para adquirir una entidad ciudadana democrática activa y actuante, otro sería el escenario por el que nos moveríamos. La obra de Willie y Serrano tiene esas características. Absténganse los súbditos, lean los ciudadanos.

JULIO ANGUITA





RAZONES PARA LA REBELDÍA





ORIGEN DE UN COMPROMISO

Comencé a tener determinada sensibilidad social gracias a mi entorno familiar, gracias a mis padres. Ellos no llegaron a militar en ningún partido político, pero estuvieron realmente implicados en la lucha antifranquista. Al ser médico mi padre, a mi casa llegaban heridos de manifestaciones, que venían para que él los atendiera. Incluso sé que en casa llegó a esconderse gente perseguida, cosas que supe, eso sí, más adelante, porque entonces era muy pequeño. A mí, por ejemplo, me bautizó un cura rojo, que se llamaba Ignacio Del Pon, una persona muy amiga de mis padres, que mantenían muchas y muy buenas relaciones con curas de izquierda del barrio madrileño de Manoteras.

La primera música que escuché fue la de Víctor Jara, la de los Quilapayún, la de Paco Ibáñez, Mercedes Sosa o Violeta Parra. Mis padres, según oía la música y la letra de las canciones, me contaban historias: por ejemplo, con Víctor Jara me explicaban el golpe de Estado contra Allende del 73. Recuerdo que cuando ganó el PSOE las primeras elecciones, en 1982, salí a la calle con ellos y con muchas más personas, y en *El*

GUILLERMO TOLEDO

País se publicó una foto en la que aparecía, con doce años, subido a un buzón de correos con una bandera roja, una bandera que había hecho comprando la tela en una tienda, para celebrar el triunfo del PSOE. Ingenios de nosotros.

De esa época y de las que vinieron recuerdo los pósters del Che Guevara, pegatinas, carteles de la ORT... Mis padres, en efecto, no militaron en un partido político, pero se encontraban cercanos a esa organización de izquierda maoísta, e incluso mi padre fue, durante unos años, presidente de la Asociación de Amistad con el Pueblo Chino. Por otro lado, mis estudios los cursé en el Colegio Estilo, que dirigía Josefina Aldecoa. Se trataba de un colegio de izquierdas, donde muchos padres de los chicos y chicas militaban en el Partido Comunista, y en el que los profesores pertenecían también al ambiente cultural de la izquierda. De modo que, desde muy pequeño, tanto en mi casa como en el colegio, ya escuchaba hablar de política.

Siendo adolescente fui a diferentes manifestaciones, pero hubo un punto de inflexión en el que pasé de ser una persona concienciada a ser algo más, a ser más activista, más ideologizado. Fue ya en el año 2000, con la Ley de Extranjería de Aznar. Recuerdo que fui a una manifestación en contra de la ley y luego, en casa de mi amigo Alberto San Juan, de pronto me encontré diciéndole: «Estamos realmente indignados con esta nueva ley, cómo se va a tratar a los inmigrantes, y está bien ir a las manifestaciones y conversar en bares y casas, pero creo que debemos dar un paso más e implicarnos activamente en la lucha por los derechos humanos y socia-

les. Mañana hay una asamblea en el barrio de Lavapiés para decidir si una serie de personas, entre inmigrantes y activistas, se van a encerrar en una parroquia de Madrid. Te propongo que vayamos a la asamblea, nos informemos y, si se confirma el encierro, nos encerremos». Dicho y hecho: fuimos con Alberto a la asamblea del día siguiente y terminamos encerrados durante un mes en una parroquia de Vallecas.

Aquello, el encierro en la parroquia de Vallecas, fue una experiencia que me marcó muchísimo. A partir de ese momento, tan bonito como duro, donde 70 u 80 personas de más de una docena de nacionalidades dormíamos todas las noches en 40 metros cuadrados, ya nada fue igual. Recuerdo que estaba haciendo la película *Peor imposible*, y como los coches de la productora recogen y dejan a los actores y actrices en sus propias casas, en mi caso tenían que ir a buscarme por la mañana y a devolverme por la noche... ¡a la parroquia ocupada!

En esta parroquia tuve mi primera experiencia *asamblearia* y aprendí cómo funcionan los movimientos sociales, cómo funciona la lucha política; allí aprendí realmente a implicarme y trabajar. A partir de entonces, cuando me dicen por ejemplo «Gracias por apoyar» o alguna frase por el estilo, siempre respondo lo mismo: «No estoy apoyando, estoy participando, soy parte del movimiento o de la manifestación o de la protesta». Básicamente, porque no soy un intelectual que está en su casa apoyando o escribiendo un manifiesto, sino que soy un ciudadano al que su conciencia le obliga a participar.

GUILLERMO TOLEDO

Con los acontecimientos ocurridos en las asambleas de Lavapiés y el encierro en la parroquia de Vallecas también comencé a reflexionar, casi de manera obligada, sobre mi «fama». Porque una cosa curiosa que sucedió entonces fue que tanto Alberto San Juan como yo éramos personajes conocidos y, al vernos en la reunión de Lavapiés por ejemplo, los asambleístas se quedaron extrañados. Nos miraron con desconfianza y era normal, porque existe un cierto prejuicio comprensible desde la izquierda hacia los famosos, hacia los conocidos de la tele. La izquierda piensa que los famosos salimos en la televisión, ganamos mucho dinero y, por tanto, somos sospechosos de ser partícipes del capitalismo, cómplices del capital. Y me ha costado mucho tiempo llegar a ser aceptado: tras once años de activismo, todavía sigo luchando para ser considerado como uno más.

Sin ir más lejos, en el 15-M algunos criticaron mi presencia en la Puerta del Sol porque consideraban que me mostraba allí para sacar algún tipo de beneficio particular, lo que muestra por su parte un desconocimiento absoluto de la realidad, de mi realidad. Porque si alguna consecuencia tiene para mí el hecho de participar en actividades, manifestaciones y reivindicaciones de distinto sino y tipo, esa consecuencia es negativa a nivel profesional. Si bien entiendo, a esta altura de los acontecimientos, que mucha gente no crea que acudo a estas manifestaciones a título personal... Pese a todo recuerdo perfectamente que cuando era más joven y veía a un actor, a una actriz o a cualquier artista posicionarse políticamente en la izquierda, eso me

RAZONES PARA LA REBELDÍA

provocaba muchísima emoción y triplicaba mi admiración por su trabajo profesional. Es por eso por lo que, cuando empecé a ser conocido, sentí como una suerte de obligación el implicarme en la realidad política en la que vivimos. Así, al principio utilizaba mi popularidad para apoyar determinadas causas, y pensaba que eso era positivo. Pero con el tiempo me voy dando cuenta de que, en parte quizás, estaba equivocado: he observado que al final del proceso, los medios de comunicación terminan hablando del actor o del famoso de turno «concienciado», en lugar de hablar de la noticia real. Y entonces es esa la noticia, que hay un actor famoso implicado en la movilización X, y deja de ser noticia la causa de la movilización X. Esto sucede por ejemplo con el Festival de Cine del Sáhara. Su origen es claramente político: llamar la atención sobre la situación de los campamentos de refugiados saharauis. En la medida en que van allí actores, productores o directores conocidos, los medios son atraídos y vienen a cubrir la noticia. Pero con la experiencia y el paso del tiempo me estoy dando cuenta de que cuando vuelven del Sáhara y cuentan la noticia, lo que los medios subrayan es a «Victoria Abril, vestida de noche en el desierto» o señalan que «Javier Bardem entrega los premios en una jaima», pero no se habla de la causa del Festival, ni del conflicto, ni de los responsables, ni del sufrimiento de la gente saharauí. Sinceramente, no tengo muy claro el porcentaje de beneficio que repercute en la causa el hecho de que haya un famoso allí. Sin embargo, cada vez que surge una reivindicación, lo que hacen los movimientos sociales es buscar e intentar cap-

GUILLERMO TOLEDO

tar a una cara conocida. Conclusión: decido acudir como ciudadano «normal», pero entiendo que es difícil.

Realmente me considero un ciudadano común y corriente, pero no lo soy a los ojos de los demás y eso condiciona, de una forma u otra, mi participación en este tipo de actividades reivindicativas. Además, en mi opinión, los artistas o los actores y actrices debemos implicarnos en política en el mismo grado, ni mayor ni menor, que cualquier otro ciudadano que tenga otra profesión. Ahora bien, en mi gremio la gente se implica muy poco. Hasta hace nada, el pesado al que le tocaba llamar a los actores, a las actrices, a los compañeros y compañeras para pedirles su firma o su asistencia a un acto o a una manifestación era yo mismo. Debo reconocer que suele haber una buena respuesta, pero la reacción más frecuente es preguntarme quién más va al acto o a la *mani* que estoy convocando. Y siempre que esto ocurre me pregunto lo mismo: ¿es más importante saber de quiénes va a estar uno rodeado o acompañado que la causa en sí? En el ámbito de la prensa sucede lo mismo, los medios no van a una rueda de prensa porque Israel haya asesinado a 1.300 personas en dos semanas en Gaza, sino porque en la rueda de prensa para denunciar ese hecho están las caras conocidas que a ellos o a sus jefes les apetece sacar. Lo cual convierte todo en una operación de marketing. Todo ello me entristece mucho, y desde hace algún tiempo ya no llamo más a nadie, que cada uno se responsabilice de su vida y de sus actos según se lo dicte su propia conciencia.

En cualquier caso, he comprobado que la mitad de

RAZONES PARA LA REBELDÍA

los que me reconocen por la calle no tienen ni idea de mis posiciones políticas. Hay una gran cantidad de gente que no lee un periódico, que no sabe absolutamente nada de política, ni le interesa, y por regla general tampoco saben nada de mis posturas políticas. Simplemente me conocen porque soy actor, porque hice *Siete vidas*, *El otro lado de la cama*, *Cuestión de sexo* o *Crimen ferpecto*. Aunque también sucede otra cosa curiosa, con gente que nunca va al cine pero que me conoce porque en *El Mundo* o en *Intereconomía* soy una obsesión para ellos, y salgo continuamente. Lo que también he comprobado es que el 90 % de quienes se me acercan para hablarme de política, lo hacen para agradecerme mi postura, para darme ánimos y las gracias por mis posiciones. En este sentido, estoy convencido de que hay mucha gente de izquierdas que se siente huérfana en los medios de comunicación, y personalmente agradezco más esas felicitaciones que las que se dirigen a mi trabajo de actor, porque a mí lo que me interesa es vivir en una sociedad que esté politizada, con ciudadanos políticamente comprometidos. Además, los que me apoyan por mis posiciones políticas están saludando a Willie Toledo, y los que me felicitan por haber actuado en *Siete Vidas* están saludando al *Richard*, mi personaje en esa serie. Y yo soy Willie, no *Richard*.

Uno de los problemas que tenemos los actores y las actrices, a quienes nos gustaría participar en obras que tuvieran un mínimo de mensaje ideológico y político, es

GUILLERMO TOLEDO

que hay pocas obras de este tipo y no es sencillo que nos toquen. En mi caso, la mayoría de mis películas y trabajos en televisión no tienen nada de compromiso político. Apenas había algo en *La lengua de las mariposas*, o en la comedia *Seres queridos*, que va sobre una pareja palestino-israelí, o en *Crimen perfecto*, que trataba sobre la fiebre consumista. Todas las películas de Alex de la Iglesia, por ejemplo, bajo una apariencia disparatada, tienen una enorme carga de profundidad. Recuerdo que cuando vino Ken Loach a rodar *Tierra y Libertad*, me volví loco para intentar trabajar en aquella película, pero no lo conseguí. Desde entonces no se ha rodado aquí nada parecido. Hay cositas, pero uno no las elige. Me hubiera encantado trabajar en *También la lluvia* o en *Los lunes al sol*, prefiero hacer eso que *El otro lado de la cama*.

Evidentemente, la producción cinematográfica con un mínimo contenido político es prácticamente nula, y en televisión ya mejor ni pensarlo. Bueno, rectifico: lo que no existe es una producción con contenido político de izquierdas. Porque Hollywood es el órgano de propaganda capitalista número uno del mundo, lo decía Fernando León y aquí lo suscribo. En su gran mayoría, las películas de Hollywood son plenamente políticas: soldados yankis que, según la época histórica que toque, luchan contra indios, mexicanos, rusos o árabes.

¡Pensemos que, después de la industria del armamento, la segunda industria de Estados Unidos es la industria del entretenimiento! Y como industria que es, está dominada por grandes grupos empresariales, con sus intereses políticos que son, lógicamente, trasladados al cine. En España ocurre exactamente igual.

RAZONES PARA LA REBELDÍA

Se hacen series como *República*, o *Cuéntame cómo pasó*. Esta última es propaganda política: en *Cuéntame...* no aparecen fusilamientos, ni torturas, ni presos políticos, aparece, sí, un mínimo de persecución, aparece un hijo que le sale un poquito rojete al protagonista, pero todo es muy *light*. Y no se puede pretender hacer una película realista sobre la España de la década de 1960 sin contar la brutalidad del régimen franquista. Pero se hace, del mismo modo que se escribe el diccionario de la Real Academia de Historia que omite decir que Franco era un dictador. En nuestra televisión y en nuestro cine no hay conflicto social: solo existen conflictos emocionales y personales, aunque la acción se desarrolle en contextos fuertemente sociales como ocurre con la serie *Periodistas* o *El comisario*. Incluso si uno le pide a la Policía que lo dejen rodar en una comisaría o que le presten un vehículo policial, la Policía pide el guion de la película o la serie y solo prestan el escenario o el coche patrulla si les parece bien el guion. Es comprensible quizá, pero no es lícito porque esa cooperación que se le está solicitando a la Policía, que es una institución pública, o se les da a todos por igual o no se le da a nadie, pero no debería darse colaboración a quienes solo hablan bien de la Policía.

LA PROFESIÓN DE ACTOR Y EL COMPROMISO POLÍTICO

Otra cuestión que me planteo es en qué medida mi compromiso político puede o pudo haber afectado negativamente a mi carrera profesional como actor. En